

QUINTA PARTE.
EL RITO DE CONCLUSIÓN

Una vez que el sacerdote concluye la oración después de la comunión, termina el rito de la comunión. En ese momento pueden darse los avisos necesarios. Es importante que sea en este instante, pues antes se interrumpe la oración personal. Ya que se terminó de orar, pueden atenderse todas las indicaciones que sean necesarias.

Después de los avisos, el sacerdote bendice al pueblo, como David que, tras ofrecer holocaustos y sacrificios, bendijo al pueblo en nombre del Señor (1 Cro 16, 2). Para hacerlo, el sacerdote inicia diciendo:

“El Señor esté con ustedes.”

Al inicio de la misa se pudo decir lo mismo, reconociendo al Señor en la asamblea y pidiendo el auxilio del Señor durante la celebración. Antes del Evangelio ya se escucho, reconociéndolo en la Palabra, y pidiendo su cercanía mientras se proclaman sus palabras. Al inicio del prefacio también se escucho, para reconocer la presencia del Señor bajo las apariencias de pan y de vino, pidiéndole que nos asistiera durante la gran oración de la Iglesia, la Plegaria Eucarística. Ahora se vuelve a decir, como un deseo de que el Señor siga con todos los asistentes después de la celebración, y como una invitación a reconocerlo después de la Misa en los necesitados, en los hambrientos, sedientos, presos, desnudos y enfermos (Mt 25, 34-40).

En reciprocidad, el pueblo pide lo mismo para el sacerdote:

“Y con tu espíritu.”

Luego, el sacerdote traza la señal de la cruz sobre el pueblo y lo pide que la bendición de las Tres Personas Divinas descienda:

“La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.”

El sacerdote traza el signo de la cruz, pero pide que sea la bendición de la Trinidad la que descienda. Al inicio de la misa todos hicieron la señal de la

cruz, recordando que se celebraba en la Trinidad. Concluye con una petición de que la ayuda de la Trinidad, su gracia, sus dones, permanezcan entre todos los que participaron de la mesa de salvación.

Antiguamente, los presbíteros no bendecían al final de la misa; únicamente los obispos. Cuando se extendió la bendición a los presbíteros, se estableció una forma distinta para que lo hicieran los obispos. De esta forma, antes de que el obispo bendiga en el nombre de Dios, todos los presentes bendicen el nombre de Dios. En el Padrenuestro ya afirmamos que santificamos el nombre de Dios, como lo exige el segundo mandamiento (Ex 20, 7; Dt 5, 11). Ahora, antes de la bendición, glorificamos su nombre, primero, con una invocación tomada del salmo 113. El obispo dice:

“Bendito se al nombre del Señor.”

Y se responde:

“Ahora y por todos los siglos.”

Después, se alaba su nombre con una invocación tomada del salmo 123:

“Nuestro auxilio es el nombre del Señor.”

Y se responde:

“Que hizo el cielo y la tierra.”

Tras ello, el obispo pide que la bendición de las Tres Personas Divinas descienda sobre todos los que asistieron, mientras hace tres veces (no una, como los presbíteros) la señal de la cruz sobre el pueblo:

“La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.”

Antes de impartir la bendición, tanto el obispo como el presbítero pueden hacer algunas invocaciones. Si son varias y cortas, se llama bendición solemne. Si es una sola, y larga, que se dirige a Dios, se llama oración sobre el pueblo. Las oraciones sobre el pueblo son muy recomendables en Cuaresma, en que cada día cuenta con una distinta.

Se trate de una bendición solemne o de una oración sobre el pueblo, el celebrante, o el diácono, si lo hay, tras la respuesta “Y con tu espíritu”, pide a todos los presentes que hagan una inclinación. En ese momento, el celebrante pronuncia la o las invocaciones, tras lo cual bendice al pueblo como se dijo antes. En estos casos el obispo omite los versículos de los salmos.

Después, el sacerdote (o el diácono, si lo hay) despide al pueblo. La fórmula latina de despedida es “*Ite missa est*”. Esta fórmula es la que le dio el nombre de Misa a la Celebración Eucarística. Por su antigüedad, es difícil de traducir. Literalmente es “la Misa es”, como si se dijera que la Misa ahora existe en la presencia de Dios. Por ello, en castellano se despide con una fórmula que hace referencia a la paz del Señor que se recibió en la celebración. A través de los ritos introductorios, la Liturgia de la Palabra y de la Liturgia Eucarística, se robusteció nuestra relación con Dios. Por ello nos marchamos en paz. De esta forma, se despide diciendo:

“Pueden ir en paz.”

La edición en español prevé otras fórmulas de despedida en las que se antepone una invitación para la acción. La primera, tomada de Nehemías (8, 10), es:

“La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Pueden ir en paz.”

La segunda, tomada de la primera Carta de San Pedro (3, 15) es:

“Glorifiquen al Señor con su vida. Pueden ir en paz.”

Y en los domingos de Pascual, se recuerda el gozo del mandato apostólico dado por Jesús antes de ascender a los cielos (Mc 16, 15), de ser testigos de su resurrección (Lc 24, 48):

“Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado. Pueden ir en paz.”

El Domingo de Resurrección, la Octava de Pascua, el II Domingo de Pascua, y el Domingo de Resurrección se añade un doble aleluya a la fórmula de despedida. El resto de días de Pascua no se hace.

RITO DE CONCLUSIÓN

A la despedida, todos los fieles responden dando gracias. Eucaristía significa acción de gracias. La celebración eucarística fue, por tanto, una acción de gracias. Como un epílogo de todo lo que se hizo, por tanto, las últimas palabras de la celebración son:

“Demos gracias a Dios.”

Tras ello, el sacerdote regresa al altar y lo besa. Besa el lugar en donde ofreció el Sacrificio. Besa el Calvario y la losa del sepulcro. No es un simbolismo. Es el lugar en donde se renovó la Pasión Muerte y Resurrección del Señor. Tras ello, hace la reverencia que corresponda: genuflexión si el sagrario se encuentra en el presbiterio o, de lo contrario, inclinación ante el altar.